La cuarta edad

1. El abandono de los ancianos

Texto **Aniceto Valverde**
Imagen **Manolo Belzunce**

La habitación está en penumbra. El personaje tiene noventa y nueve coma cinco años rebosantes de vitalidad, aun cuando permanece siempre unido al sillón ergonómico y clínico sobre el que está, y que le controla las constantes vitales y los niveles en sangre y orina. El ordenador, en cuyo teclado escribe muy rápido, recibe la única luz de un flexo. Es un despacho abarrotado de diplomas en las paredes, estanterías a reventar de libros y más libros sobre mesas y sillas, incluso abiertos por algunas páginas, muestra de que el hombre los consulta a menudo. Destacan dos con el mismo título: *De senectute*, el clásico de Cicerón. Y el que muchos años después escribiera Norberto Bobbio reflexionando sobre el mismo tema: *Las virtudes de la vejez y contra la marginación de la ancianidad en las sociedades modernas*. Miniaturas en las estanterías y una copia de la 'Gioconda' sobre un caballete delante de la cortina que cubre lo que debe ser la única ventana (o, tal vez, el acceso a un balcón del edificio), completan toda la decoración de la estancia.

El personaje, calvo y con anteojos redondos, escribe: "El sentimiento de culpa me lleva a escribir estas líneas. Soy consciente de que a estas alturas de mi vida poco puedo hacer. Mi pensamiento antaño tuvo cierta influencia. Ahora se encuentra descafeinado porque las personas ven como habitual y rutinaria una realidad, que cuando fui pionero en describir (la probable subida al poder de esta nueva clase social que ahora domina), alabaron mis tesis y las llegaron a esgrimir como una innovadora ideología que fundamentaba sus intereses. Cómo me arrepiento ahora. No de haberlo dicho y escrito, sino de haber pasado por alto una cuestión fundamental para un científico de la política, como yo me consideraba arrogantemente en aquel entonces, porque tuve que haber calculado el factor de distorsión de mis tesis; ésa eterna cuestión que es la interpretación del pensamiento (o del arte). Y, claro, cada uno acogió lo que le interesaba. Yo quise ser didáctico, explicarme bien y ser comprendido en la alegación de la injusticia. Y, qué paradoja, cambiar esa situación devino en un nuevo contexto social que contenía el mismo germen de sinrazón y arbitrariedad. Dentro de lo poco que puedo hacer para reparar el daño causado está el dejar este testimonio de mis sentimientos. Puede que en el futuro algunas personas de bien se den cuenta de que ningún extremismo es bueno. Ni el que dominaba cuando escribí aquellas obras, ni el que existe ahora que muchos, para mi desdicha, atribuyen a los argumentos contenidos en ellas. Sí, esos teoremas míos que tan populares se hicieron, y que hasta fueron aplaudidos por el selecto club de pensadores 'El mono de la maraca', haciéndome miembro directo y de honor. (Recuerden, 'El mono de la maraca': no era el más fuerte ni el más ágil. No se defendía bien en la búsqueda del sustento. Tampoco era el más popular de la manada, pues hacía cosas extrañas, según el criterio mayoritario entre la comunidad. Pero un día, cuando iba el último de la expedición, este mono habilis encontró una maraca. De casualidad comenzó a hacerla sonar. A partir de ese momento, todos los demás fueron tras él. Ése era el lema del club. Hay que dar un comienzo coherente a esta parte de mis memorias para que sean comprendidas por si llegaran a manos de algún lector. Es poco probable que así ocurra. Pero el trabajo hay que hacerlo bien, sin perseguir otros objetivos o dejarse llevar por ambiciones. Si llego a alguna parte, las titularía 'El lado oscuro de los viejos tiempos', si me encuentro al final de estas reflexiones con la idea de que nada va a cambiar. Y, tal vez, 'La cuarta edad', si llegara a algún grado de confianza en el ser humano. Pero cada uno ve las cosas a su manera y según el sentimiento que alberga en un momento determinado del tiempo.

El recuerdo me lleva a aquellos años en que la experiencia de las personas perdió todo su valor. Sólo se tenían en cuenta los valores propios de la juventud: la fuerza, el coraje, la impulsividad, incluso la agresividad en la toma de decisiones. No aprendimos de lo que pasó con los llamados 'yuppies', esos jóvenes urbanos profesionales que triunfaron entre los años ochenta y noventa del siglo XX, pero que poco más tarde acabaron, en su mayor parte, derrumbándose de vértigo, entrando en espirales que descendían hasta el infierno del que únicamente salieron aferrándose a místicas diversas.

En las sociedades de los albores del siglo XXI seguían imperando los valores de los jóvenes, entendiendo por estos a las personas de entre treinta y treinta y cinco años. Los de menor edad eran totalmente improductivos, salvo para pedir dinero y exigir que les fuera comprada su marca preferida de refrescos. Y los mayores eran considerados casi como viejos que no se podían ya utilizar. Muchos escritos de la época daban cuenta de lo que se había convertido en una costumbre de muchas familias: abandonar al abuelo o abuela en la sala de espera de Urgencias del hospital más cercano para irse de vacaciones. Después, cuando el anciano estaba en la mesa de operaciones, el cirujano exclamaba: "Pero si a este abuelo ya lo operamos la semana pasada de apendicitis… Bueno, ya que está aquí de nuevo, vamos a quitarle la vesícula y que esté ingresado quince días." Parecían fábulas de coña, pero eran el reflejo tragicómico de un modo de ver la vida y el papel de los ancianos en la sociedad. Luego, como contaré, menuda revancha se tomaron los abueletes".

El personaje abandona por unos instantes su rítmico teclear y dirigiéndose a la máquina, dice: "Lorena, por favor, me puedes traer el té". Al cabo, aparece una mujer de unos cuarenta años con una bandeja (se ve que desde el ordenador puede transmitir sus deseos de viva voz a alguna otra parte de la casa). "Aquí tiene usted su té, con sus pastitas como le gusta. ¿Va a trabajar hasta tarde el Sr?". Lorena, por favor –dice el hombre visiblemente irritado-, ¿cuántas veces tengo que decirte que ya no me tienes que tratar así? Que ya te di la libertad mediante el rito legal de la manumisión solemne, y en lugar sagrado. Como en la película que te hice ver, 'Stico'. ¿Recuerdas? Eres libre.–Ya lo sé –replica la aludida–; pero es que le estoy tan agradecida de que encima me haya hecho un contrato y todo. Y sólo después de veinte años a su servicio.

El personaje da unos sorbos al té que le ha traído la 'liberta' Lorena y toma una pastita. Y sigue escribiendo, pero enseguida le entra sueño (el té no es té, sino valeriana) y antes de dormirse sólo le da tiempo a transcribir: "Fui discípulo del famoso antropólogo Vladimir Karabatic, y como él de la escuela 'negacionista'. Si Murcia para él era "no-typical", para mí, aquellos valores juveniles que dominaban la sociedad no eran los más adecuados. (Lo que no podía negar es su lema de que aquí hay más mujeres guapas que piropos). Escribí sin descanso. Toda mi obra podría resumirse en el lema: "No a la tiranía de la juventud". Y eso que yo todavía era joven, en el sentido de que aún tenía la fuerza de mi lado".

>Continuará mañana

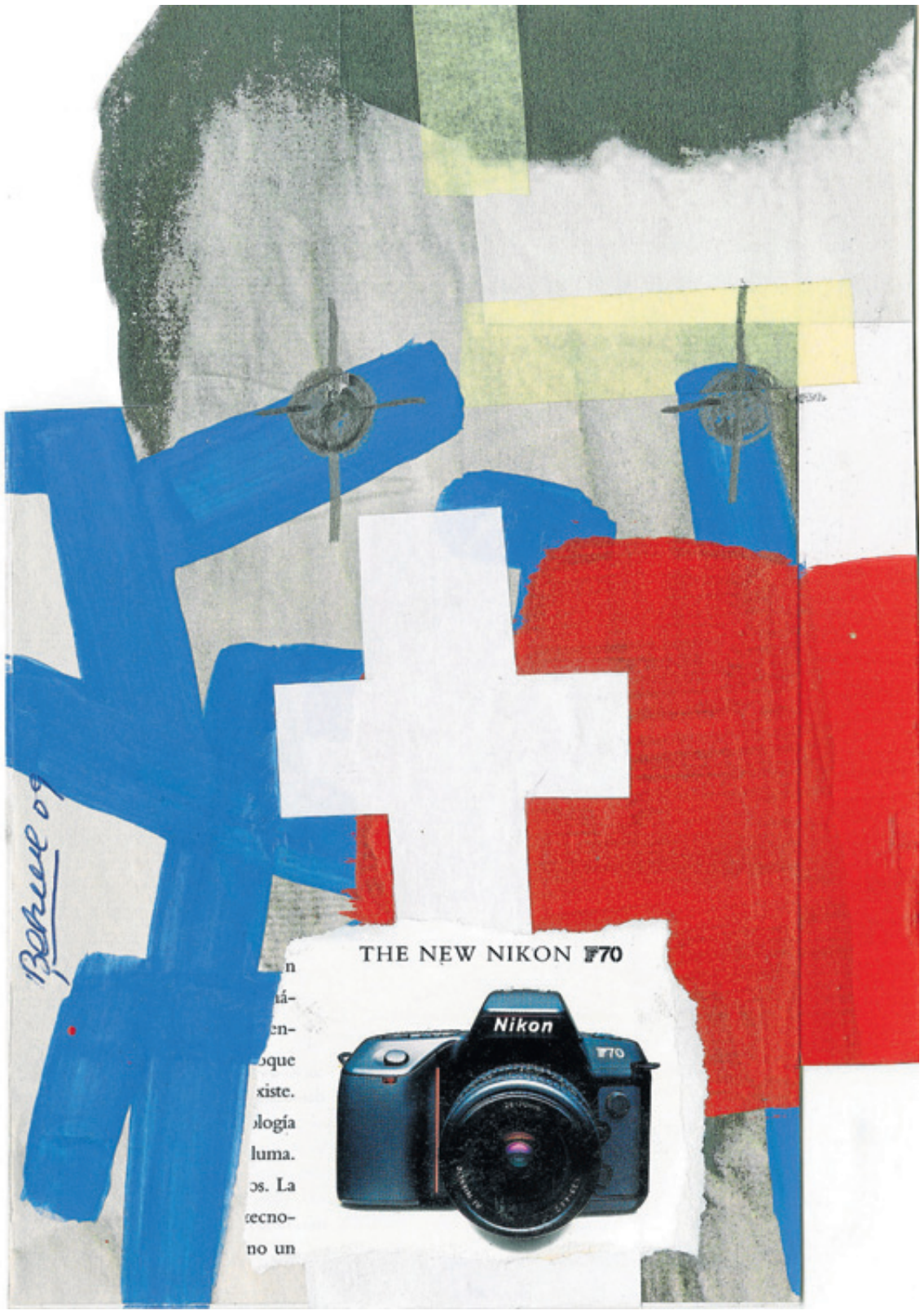
SINOPSIS

Este relato trata, medio en serio medio en broma, sobre la posibilidad de que a medio plazo surja una nueva manifestación del llamado conflicto generacional. Es el que se da entre padres e hijos, entre los mayores y los jóvenes. Esta nueva versión del conflicto generacional tendrá consecuencias imprevisibles.

La cuarta edad

2. El poder de la edad

Texto **Aniceto Valverde**
Imagen **Manolo Belzunce**



Al edificio posmoderno del Centro de Salud y Risoterapia del Oeste se entra por el recorte de la trasera de un antiguo automóvil. Se trata de las puertas de carga de un antiguo modelo de furgoneta que en sus tiempos se conocía popularmente como 'cuatro latas'. Parece como si el vehículo se hubiera estampado contra la fachada del edificio formando la puerta y el hueco practicado fuese la entrada cuyas puertas son precisamente las de la trasera o el culo del coche estampado. Alguien podría decir que se trata de una metáfora de la cura de cualquier dolencia o enfermedad, por la vía rápida, que allí se puede obtener. Pero para eso hay que hilar un poco fino y lo que está demostrado es que sobre gustos no hay nada escrito. Al principio, recién inaugurado el edificio, mucha gente se quejó, ya que tenían que arrastrarse para entrar como si fuesen una mercancía de las que fuera a transportar la furgoneta (que ésa es otra manera de interpretar la joya arquitectónica), pero enseguida las autoridades mandaron recortar un poco más el chasis del vehículo hacia abajo para que permitiera el acceso de las personas de pie o sólo agachando un poco la cabeza si se es más alto de la media.

En la planta primera se encuentra la consulta 28. Sin duda es la más concurrida. La gente dice: "Pues yo prefiero tener que esperar un rato. En esta consulta no me importa. Es tan buena médica. Se tira un buen rato con cada uno y te atiende muy bien".

La sala de espera de la consulta 28 está a rebosar de personas mayores. Resulta que todos llevan (y algunos están leyendo) el mismo libro. Su título es 'El poder de la edad' [El personaje calvo de noventa y nueve coma cinco años que escribe sus memorias en la soledad de su cuarto de trabajo en penumbra recuerda que ese libro lo escribió casi al final y como una síntesis divulgativa de sus teorías sobre quién debía gobernar de verdad la sociedad del siglo XXI.]

–Yo ya he terminado el libro –exclama uno de poco más de cincuenta años–. ¡Cuánta razón tiene!

–De verdad que sí. Nosotros nos hemos quemado trabajando para los jóvenes para que ahora ellos hagan lo que les dé la gana.

–Y el caso es que, como dice el autor, nosotros somos mayoría y se nos tenía que tener más en cuenta en las decisiones.

–Sí, claro, estoy de acuerdo –quería rematar el de los cincuenta años bien pasados y que dijo haber terminado de leer el libro–. Pero ustedes ya por lo menos están cobrando su pensión. Nosotros vamos a tener que trabajar por lo menos hasta los setenta años. Y encima yo tengo un hijo con treinta y cinco años que no hay forma de que se vaya de casa a hacer su vida.

A todo esto interviene una anciana que, por sus rasgos físicos, denota a las claras que es inglesa: "Sí, nosotros, mi marido y yo, estar de acuerdo con lo que decir libro". Y mostró el que llevaba consigo: 'The Power of Old Age'. [El hombre casi centenario que escribe también recuerda cómo a los grupos de presión que se formaron a partir de sus teorías sociales les interesó mucho la idea de traducir el libro al inglés y al alemán para que fuera leído por la numerosa comunidad extranjera que ya habita permanentemente sobre todo nuestra costa. Así ocurrió.]

[Volvemos a la habitación en penumbra donde el hombre viejo escribe sus memorias]. Sí, me fijé en Vlado Karabatic porque era un tipo experimentado, un antropólogo social ya maduro. Nada me interesaba más a mí que estudiar las causas y las consecuencias del dominio juvenil sobre la sociedad de los comienzos del siglo XXI, que arrancaba de las décadas de los ochenta y noventa del siglo anterior. Me entrevisté con él para decirle que quería ponerme bajo su magisterio. Y él aceptó.

Así, si Karabatic escribía en sus lemas que la Región de Murcia era 'no-typical', yo entendía que la sociedad de la época no estaba gobernada por los verdaderos o correctos criterios. Si él decía que aquí somos de pueblo y no sólo no sentíamos vergüenza, sino que estábamos orgullosos de decirlo, yo traducía que eso era debido a que hacía referencia al pueblo que con fundamento debía gobernar. Y escribía en mis trabajos que la soberanía debía residir en las personas mayores, como el propio Vlado, que para eso lo habían puesto: ni más ni menos que para proyectar la verdadera imagen y esencia de los habitantes de este rincón del Sureste, totalmente alejada de los estereotipos de la época. Nada de playas arenosas y atardeceres afrodisíacos con imágenes de jóvenes musculosos y esbeltas chicas…

Debo decir que mi maestro ni afirmaba ni negaba las conclusiones que yo extraía de su pensamiento. Él decía: "La libertad de investigación te permite sacar tus propias consecuencias, hijo. Yo me limito a supervisarte el método. Y puedo afirmar que éste es plenamente acorde con la ciencia antropológica y social". Así lo manifestó en público siempre que le preguntaron sobre si se sentía responsable de mis diatribas antijuveniles.

Empecé alumbrando una monografía titulada 'No todo está perdido a los cincuenta', donde hacía una reseña de las características de los cerebros de personas cuyo éxito les había llegado a esa edad o incluso posteriormente, o sea, de forma tardía para lo que en aquel entonces se consideraba como techo o edad límite para la fertilidad mental. No había diferencias, ésa era la conclusión. Eso sí, se apreciaba que las neuronas de estas personas habían sido 'cocidas' a un fuego mucho más lento que, por ejemplo, las de un futbolista. Cada vez que, decía en mi libro, el deportista y nosotros mismos nos deshacemos de gusto gritando goooool, efectivamente se produce en el cerebro una descarga placentera, pero la máquina de pensar se calienta y pone también en marcha los mecanismos para saltar, chillar, arrastrase por el suelo, llorar de alegría, abrazar a los amigos del mismo equipo, hacer mofa de los del contrario, etc.

Continué con la obra 'Plenitud de derechos en la tercera edad', donde proponía la necesidad de reformar el Código Civil para facilitar el desheredamiento de los hijos díscolos y del Código de Comercio y de leyes especiales para la reducción de beneficios de los socios

SINOPSIS

Un personaje de 99,5 años escribe sus memorias postrado en un sillón ergonómico y 'clínico'. Dice hacerlo por el remordimiento que le produce haber combatido lo que en su momento era auténtica tiranía juvenil a través de una serie de obras de ciencia social, inspirándose, afirma, en el antropólogo Vladimir Karabatic. Él ha 'liberado' a su sirvienta, la joven Lorena.

menores de cuarenta y cinco años desleales con el socio fundador de mayor edad en las compañías mercantiles. La culminación de esta parte de mi obra vino con el tratado 'De la verdadera madurez' en el que, tras demostrar el progresivo aniñamiento o alargamiento de los periodos conocidos como infancia y adolescencia de nuestros descendientes, me atreví a proponer la reforma de la propia Constitución para que la mayoría de edad se elevara al menos a los treinta y cinco años. Y vaya si tuvieron eco mis teorías. Los primeros, los propios mayores hartos ya de lo aprovechados que se habían vuelto los jóvenes.

Por aquellos años la población que estaba por encima de los cincuenta años representaba ya el sesenta por ciento del total. La gente de más de ochenta y cinco años de edad se duplicó en 2020 respecto a la existente en el año 2008. Y los políticos ni eran ni son tontos. Las compañías farmacéuticas, tampoco.

Unos años después, cuando el dominio de la madurez ya se estaba asentando, allá en el 2020, la pareja de jóvenes 'sometidos' de nombres Mateo y Natalia, tuvieron un hijo al que llamaron David. Era de la clase 'sometidos', pero descendientes ambos de familias ilustradas de las que habían aprendido filosofía e historia de las sociedades. La natalidad era algo ya casi sumamente extraordinario entre esas clases elitistas: no querían que sus hijos o nietos pasasen a engrosar la clase de los 'sometidos'. Pero el nacimiento de David fue celebrado por todo lo alto: había muy claras señales de que iba a convertirse en un nuevo hito; el niño podía llegar a ser lo mismo un gran artesano de la informática, que mucha falta hacía de ellos, que un nuevo líder muy importante…

Continuará mañana

La cuarta edad

3. Mientras vivas bajo mi techo

Texto **Aniceto Valverde**
Imagen **Manolo Belzunce**

SINOPSIS

El hombre de 99,5 años que escribe unido a un sillón ergonómico y 'clínico' escribió varias obras a favor del gobierno de los mayores, una especie de democracia adulta. Al final publicó una síntesis divulgativa bajo el título 'El poder de la edad' que se convirtió en un best seller entre los mayores. El otro narrador de la historia nos da cuenta del nacimiento de un niño 'sometido', David.

El germen quizás estuvo ahí: en las salas de espera. Pero el movimiento social que comenzó con su reivindicación inició su estructuración en las comunidades de propietarios. ¿Quiénes lo eran si no en aquellos años de dura crisis económica? Estaba claro que únicamente podía poseer una vivienda en propiedad la gente mayor que además tuvo que soportar todas las cargas, tributarias y de Seguridad Social, para mantener a los jóvenes ¿Quién les puede culpar de que prendiera en ellos el fuego del fanatismo antibancario y antijuvenil?

A los jóvenes no sólo les estaba vedado el mercado inmobiliario, sino que hubo muchos que tuvieron que volver a las casas paternas y maternas a esperar tiempos mejores que tardarían en llegar. Y, claro, ya no era lo mismo tener un rato a comer los domingos a los hijos y nietos (o, tal vez, quedarse con éstos alguna que otra noche para que los jóvenes salieran de marcha) que tener que convivir habitualmente con ellos y pagar todos los gastos.

En el seno de las familias, por contraposición a la anterior postura pasota del haz lo que quieras no te vayas a traumatizar hijo mío y toma aquí tienes cien euros para ropa y salidas y otros cincuenta para que vayas a ver al psicólogo por si acaso, volvió a ejercerse aquel principio de autoridad: "Mientras estés bajo este techo harás lo que se te diga".

A la superior escala de la comunidad de propietarios se formuló el principio de la culpabilidad automática y sin posibilidad de prueba en contra de los jóvenes. Cualquier desperfecto o rotura se achacaba inmediatamente a la acción de un joven. Luego se aplicaba la norma de la compensación: como pagaba la broma el mayor que lo tenía acogido, el joven debía compensarle con más parte de su minúsculo salario o con trabajos a su favor y a la de la comunidad. Mientras tanto, a nivel político, se iba legislando conforme a este pensamiento. Se había creado un 'lobby' o grupo de presión política llamado 'Mayores por el poder'.

Entre una multitud de medidas de lo más diverso, destacó la nueva reforma educativa que se acometió en aquellos años. Los mayores deseaban que todo volviese al ritmo lento y sosegado que tal vez llevó la vida en alguna época pasada. Sin embargo, puede decirse que esa vida ordenada, en la que casi uno sabía desde que nacía hasta que moría cuál iba a ser su destino, probablemente acabó con el siglo XIX. Después todo fue in crescendo hasta llegar al trepidante ritmo juvenil de las últimas épocas. Se conducía deprisa. Se andaba, si es que se caminaba, apresuradamente. Se comía rápido. ¡Si hasta se llegó a abrir un restaurante de comida rápida ('fast food') en la mismísima plaza de San Pedro del Vaticano! La serenidad debía volver a imperar. Y la cultura también. No se podía tolerar por más tiempo el maltrato que ésta había sufrido por parte de los jóvenes, que no habían leído un libro en su vida y así escribían, que no había quién les entendiese en los chats de Internet y los mensajes de los teléfonos móviles. Además, convenía mantenerlos bien entretenidos desde la infancia hasta que el sistema pudiera darlos por maduros, es decir, por serenos y acomodados al nuevo orden de cosas.

Se volvió a los planes de estudio interminables en el espacio y en el tiempo. Y al antiguo sistema de las clases magistrales en las que sólo el profesor, de nuevo investido de todos los poderes disciplinarios, hablaba y hablaba. Los contenidos eran muchos y valiosos en su mayor parte, pero el aburrimiento mortal volvió a las aulas. La única manera de escapar era ingresar en algún gremio profesional. Éstos volvieron a gozar de un auge que desde algunos siglos atrás no se había visto.

[El hombre casi centenario escribe casi todo el tiempo. La verdad es que no ha hecho otra cosa en su vida desde que tomó la pluma. Entonces fue para derribar lo que él consideraba la tiranía de la juventud en los albores del siglo XXI. Afirma que fue discípulo del famoso antropólogo social Vladimir Karabatic; pero que de él sólo aprendió el método analítico de la ciencia. El fondo de sus teorías era suyo, completamente suyo. Ahora lo hace con cierto sentimiento de culpa considerando que sus teorías fueron llevadas a extremos indeseables. Reconoce, con igual pena, que aquella nueva enseñanza o vuelta a la de décadas atrás, que él también deseaba en sus teorías, fue inflada con contenidos inútiles y anacrónicos para ser el año 2044, con el solo deseo de mantener ocupados y disciplinados a los jóvenes. Y si bien estaba de acuerdo con acabar con la premura que caracterizaba la vida de la época juvenil y fue un ardiente defensor del movimiento 'slow food' (comida lenta en contraposición con el estilo 'fast food', incluso comida basura) la sangre aún le palpitaba en las venas. Todos cuando nos volvemos viejos de verdad parece como si retornáramos a la infancia. Volvemos a ser niños. Hacemos algunas travesuras y adoramos a los nietos. En ellos vemos nuestro pasado y su porvenir. 'El porvenir de mi pasado' como escribiera sabiamente Mario Benedetti. El hombre de 99,5 años de edad no es una excepción en ese último retorno. La habitación sigue en penumbra y él tecleando al ordenador.]

Recibí generosos donativos de empresas farmacéuticas como las fabricantes de la viagra, de pañales contra la incontinencia urinaria y fijadores de dentaduras postizas. Querían que siguiera con mis estudios y tratados a favor del poder en la mayor edad. Mis obras fueron ampliamente difundidas y traducidas a diversos idiomas para que llegaran no sólo al público anciano nacional, sino también a los numerosos extranjeros que conviven y gozan de sus bien retribuidas jubilaciones en nuestra magnífica costa.

Por aquel entonces escribí un entremés, un cuento sobre los mismos temas pero en esa forma literaria para demostrarme que aún tenía sentimientos y que no todo en mí era la fría prosa del ensayo social. Lo titulé 'La amante verde'. [http://www.expresodemandarache.es/html/relatos/amante_verde.htm]

El cuento era como una premonición del amor tardío que pronto se daría con un notable incremento de su incidencia social en relación con épocas anteriores. La gente cada vez más iba a hacer o rehacer su vida en la alta madurez o en la ancianidad. Curiosa paradoja: en un mundo dominado por los viejos no disminuyó en absoluto el deseo sexual.

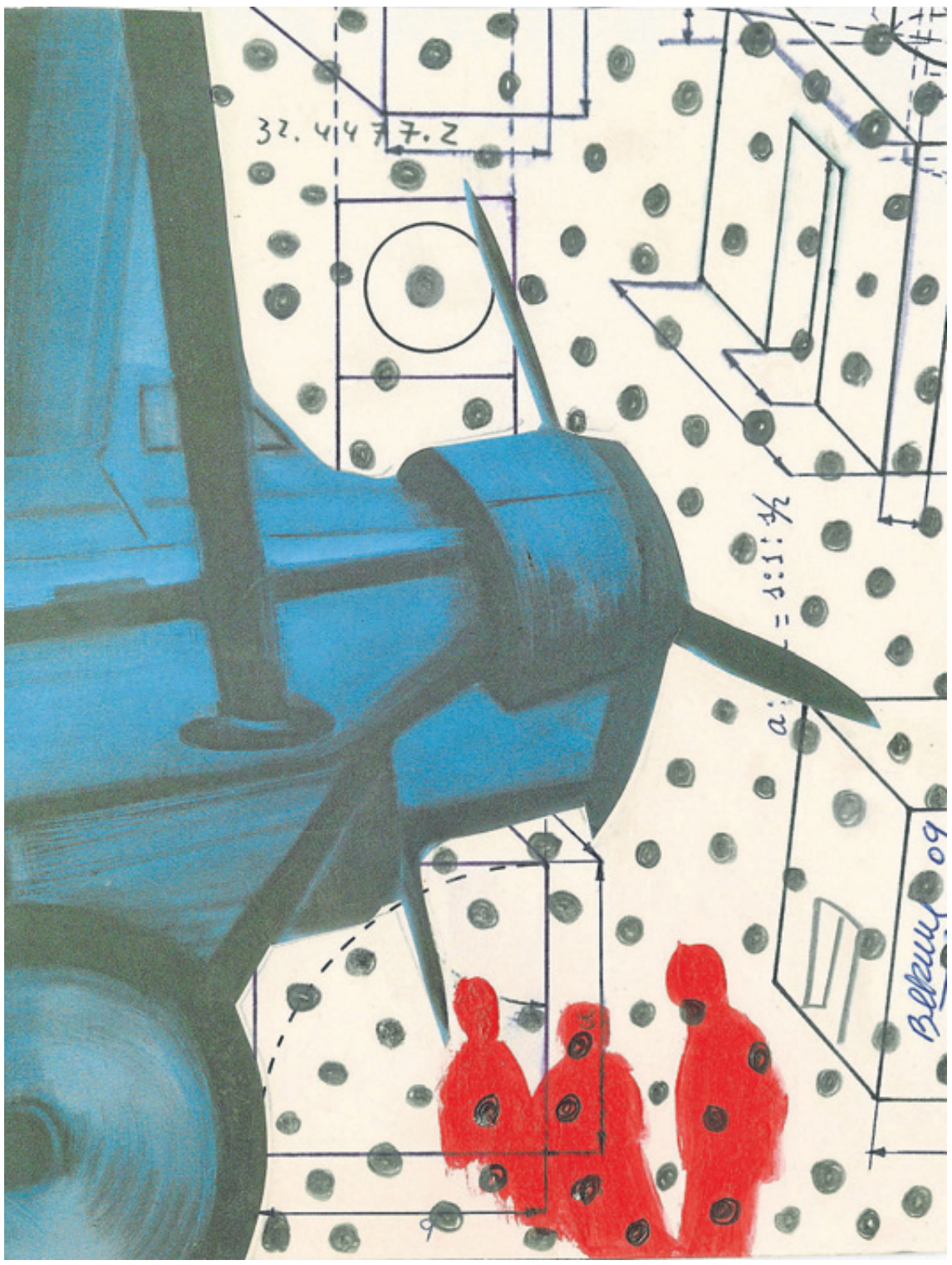
Con el mismo o más amor era criado el joven llamado David. Él cambiaría su propio destino y el de los demás jóvenes 'sometidos'.

Continuará mañana

La cuarta edad

4. El gremio resurge con la gerontocracia

Texto **Aniceto Valverde**
Imagen **Manolo Belzunce**



Los políticos se fueron haciendo mayores. Claro esto era consecuencia de la profesionalización de la carrera política. Uno entraba en ella más o menos jovencito y continuaba y continuaba hasta que ya alcanzaba una mejor posición. De esta manera las ideas contenidas en mis obras y especialmente en la última que era una síntesis de todas destinada al gran público y se titulaba 'El poder de la edad' (un clásico entre los vejetes que esperaban su turno para consulta médica) calaron en los legisladores.

No hubo divisiones partidistas. De hecho no se recordaba un consenso tan generalizado entre la clase política desde la redacción de la Constitución de 1978. El 'lobby' 'Mayores por el poder' hacía bien su trabajo de presión política para que se acometieran las reformas pertinentes que privaran a los jóvenes de sus derechos de representación y hasta de su capacidad de administración de sus bienes. Y todo ello se iba poco a poco consumando en las correspondientes normas emanadas de las cámaras legislativas. Tanto fue así que la legislatura 2040-2044 fue conocida como la de las Cortes de los Ancianos, que establecieron una auténtica gerontocracia o gobierno de los mayores. Quizás la medida más espectacular, aparte de la ya reseñada reforma del sistema educativo, que se acometió por aquellas Cortes fue la del establecimiento de un nuevo sistema de acceso al Poder Ejecutivo. Así, al Gobierno de la nación se accedía por antigüedad y mérito. Es decir que se designaba Presidente del Gobierno al más viejo de la cámara y éste no era libre para elegir a sus ministros, sino que éstos debían superar los sesenta años de edad y acreditar la vida entera de dedicación a la política y en concreto a los asuntos que iban a gestionar, ya fuera la agricultura, la industria, la educación, etc.

Se reinstauraron las ordenanzas gremiales de la Edad Media. Los padres debían entregar a los hijos, si es que no querían seguir cursando la nueva reforma educativa, aburrida e interminable, a un maestro con el que debían seguir trabajando el resto de la vida para hacer una carrera que nunca acababa en la maestría. En la enseñanza los jóvenes nunca llegaban a graduarse y en la vida profesional jamás se hacían maestros de nada. Toda la vida se era aprendiz, salvo que el maestro al morir te hubiera designado como su sucesor al frente de la empresa, si es que habías cumplido como mínimo los cincuenta años de edad.

De este modo entró el joven llamado David en el Gremio de Informáticos. Su labor y categoría, como la de muchos otros era la de 'herrero informático'. Eran auténticos herreros pues aun cuando había máquinas que lo hacían, ellos tenían que supervisar al milímetro los circuitos impresos de las placas integradas de los ordenadores, puliendo las rebabas y desperfectos que se apreciaran. Era una gran nave, situada en la periferia de la también gran ciudad, donde trabajaban en una cadena sin fin cuatrocientos jóvenes de uno y otro sexo, todos ataviados con batas blancas y gafas protectoras, perfectamente uniformados. El herrero 'mayor', algo así como el capataz, era un 'joven' de cuarenta y seis años llamado Juan. David enseguida le cayó en gracia y le decía: "Mira, esto lo hacen nuestros mayores por nuestro bien. Para que aprendamos lo que es la vida y estemos preparados para el futuro. Antes, en los tiempos históricos, había una cosa a la que llamaban la mili que cuando la hacías decían los padres y la sociedad que ya te habías convertido en un hombre. Pues esto es igual, sólo que creo que algo más largo. Pero es que ahora se vive mucho más que en aquellos tiempos". El joven David le respondía: "Y si uno tiene un accidente o una enfermedad y te mueres antes durante este largo camino". "La verdad es que es poco probable tal y como está nuestra tecnología. Pero, mira, no sé qué responderte a eso. Nunca me lo había planteado así. Eso lo sabrán los que mandan, que para eso están. Y además tenemos el Ociómetro", contestó Juan.

El Ociómetro era el único lugar de esparcimiento permitido a la juventud. En él se proyectaban películas sobre la bondad del sistema. Se practicaban todos los deportes, especialmente el fútbol. Las instalaciones deportivas eran magníficas. Los partidos muy emocionantes para los jóvenes que eran los jugadores y para los mayores que gozaban del espectáculo y tenían sus preferencias por alguno de los equipos de los 'sometidos'.

En sus locales se permitían algunas reuniones entre jóvenes. En muchos casos eran una prolongación de las conversaciones ya iniciadas en los vestuarios. David no paraba de hacerse preguntas. Algunos otros jóvenes también. Primero en pequeños grupos y en voz baja. Estaba muy bien que los mayores los protegieran y que se hubiera erradicado totalmente el desempleo y cualquier forma de drogadicción, incluyendo la del tabaco y el alcohol. Pero el verdadero doping de la época era el duro trabajo y carrera a la que los tenían sometidos. Y además estaba la libertad. Qué había de la libertad, de la libertad individual, se preguntaba primero David para luego hacerles la misma pregunta a sus compañeros. "He leído que en el antiguo régimen, antes del dominio de los mayores, éramos libres. Reclamo la libertad para hacer nuestras vidas. Y para no ser meros uniformados", decía. Los demás escuchaban; los grupos de jóvenes se iban haciendo más numerosos y entre ellos se extendían las mismas preguntas: "¿Por qué tenemos que esperar casi hasta la muerte de los mayores para tomar nuestras propias decisiones?"

"Quizás ahora a los dieciocho años se sea aún muy joven porque es verdad que la vida se ha alargado y ya no es como en los tiempos de la Constitución de 1978", argumentaba David mostrando su carácter reivindicativo pero moderado y sensato. No es de extrañar que se convirtiera en el líder, el dirigente de una revolución pacífica que tomó como modelo el movimiento hippie de los años sesenta del siglo XX y las ideas de libertad, fraternidad (o relaciones de convivencia cordial con los mayores) y legalidad (en reclamación de los legítimos derechos de la persona para los jóvenes) actualizando las de la Revolución Francesa a la contemporánea posmodernidad hipertecnificada, pero al ritmo lento de los mayores. [El hombre casi centenario sigue escribiendo sentado en su sillón ergonómico del que no tiene que levantarse ni para hacer sus necesidades fisiológicas y que le controla constantemente el pulso y la tensión arterial, así como todos sus niveles en sangre y orina.]

A aquellas alturas de 2044 ya empecé a temer que mis ideas llevadas a la práctica habían ido demasiado lejos. La situación que se estaba materializando suponía un cambio extremo en los papeles, una situación totalmente inversa: los mayores se habían alzado con el poder absoluto y reducido a la nada a los jóvenes. Yo había querido mejorar el mundo y lo había vuelto injusto, quizás más injusto de lo que era antes. Empezaron a entrarme los sentimientos de culpa ¿Qué haría mi maestro Vlado Karabatic en aquella insospechada nueva situación en la que me encontraba? Ya no podía consultarle. Hacía tiempo que había muerto. Bueno, en realidad lo mataron los que lo habían creado. Ahora sí que había un estereotipo social que él hubiera sabido perfectamente encontrar y definir. Era un nuevo despotismo: Todo para nuestros descendientes, pero sin ellos.

> Continuará mañana

SINOPSIS

Muchos jóvenes, como consecuencia de su precaria situación, habían tenido que volver bajo el techo y el amparo económico de los mayores. Poco a poco éstos se fueron volviendo más estrictos con ellos y el lema que resurgió fue aquel de que "mientras vivas bajo mi techo harás lo que se te diga". Este clima social favoreció la penetración de las ideas antijuveniles del hombre que ahora tiene 99,5 años y escribe arrepentido postrado en su sillón ergonómico. Surgió un 'lobby', 'Mayores por el poder' que impulsaba una serie de medidas políticas para 'entretener' y someter a los jóvenes. Por su parte, el joven 'sometido' llamado David parece que tendrá su papel en la historia.

La cuarta edad

5. El reencuentro con Cicerón

Texto **Aniceto Valverde**
Imagen **Manolo Belzunce**

SINOPSIS

Los mayores estaban ganando la partida por el poder, que implicaba la anulación de los derechos de los jóvenes. El hombre de 99,5 años del sillón ergonómico piensa que sus teorías han ido demasiado lejos. El joven David comienza a liderar el movimiento juvenil que reivindica la devolución de derechos a los jóvenes 'sometidos'.

La reacción de las fuerzas vivas del régimen no se hizo esperar. La mayoría del Consejo de los Ancianos (que vino a sustituir al Consejo de Estado como máximo órgano consultivo del Gobierno) consideraba inaceptables las peticiones de los jóvenes. Había, no obstante, algunos moderados que al menos estaban dispuestos a abrir un diálogo con los representantes de los 'sometidos' y tal vez a hacer algunas concesiones, siempre y cuando se mantuviera su estatus de 'cosas' a disposición de los mayores. Pero ni aún así se aceptó esta postura, y no ya sólo por el Consejo, sino por la virulenta reacción que sin duda despertaría en los sectores sociales que apoyaban al Consejo y al propio Gobierno.

Tras diversas reuniones que no dieron fruto alguno, los representantes de los jóvenes tuvieron que convocar asambleas en las calles para explicar el rechazo de los mayores a sus propuestas. Ocurrió lo que tenía que pasar: algunos grupos de jóvenes de la casta de los 'sometidos' se radicalizaron. Hubo algunos disturbios. Fueron muy leves si los comparamos con los acaecidos en épocas anteriores; pero en ésta del dominio de los mayores en que todo era aparentemente paz y sosiego, esos altercados resonaron en sus oídos como si hubieran sido provocados por contingentes de artillería pesada. Ya había sido difícil que el régimen consintiera ampliar el derecho de reunión de los locales del Ociómetro a las calles. Después de los incidentes ya sí que no hubo más permisos para las asambleas, lo que vino a radicalizar aún más las posturas.

Los líderes iniciales de los jóvenes, como el 'herrero informático' llamado David, que eran moderados, tuvieron que ver cómo ya las pretensiones y esas acciones de alteración del orden de sus compañeros les desbordaban. Mucho más duro sería el camino de vuelta a la libertad si las cosas se ponían en los extremos.

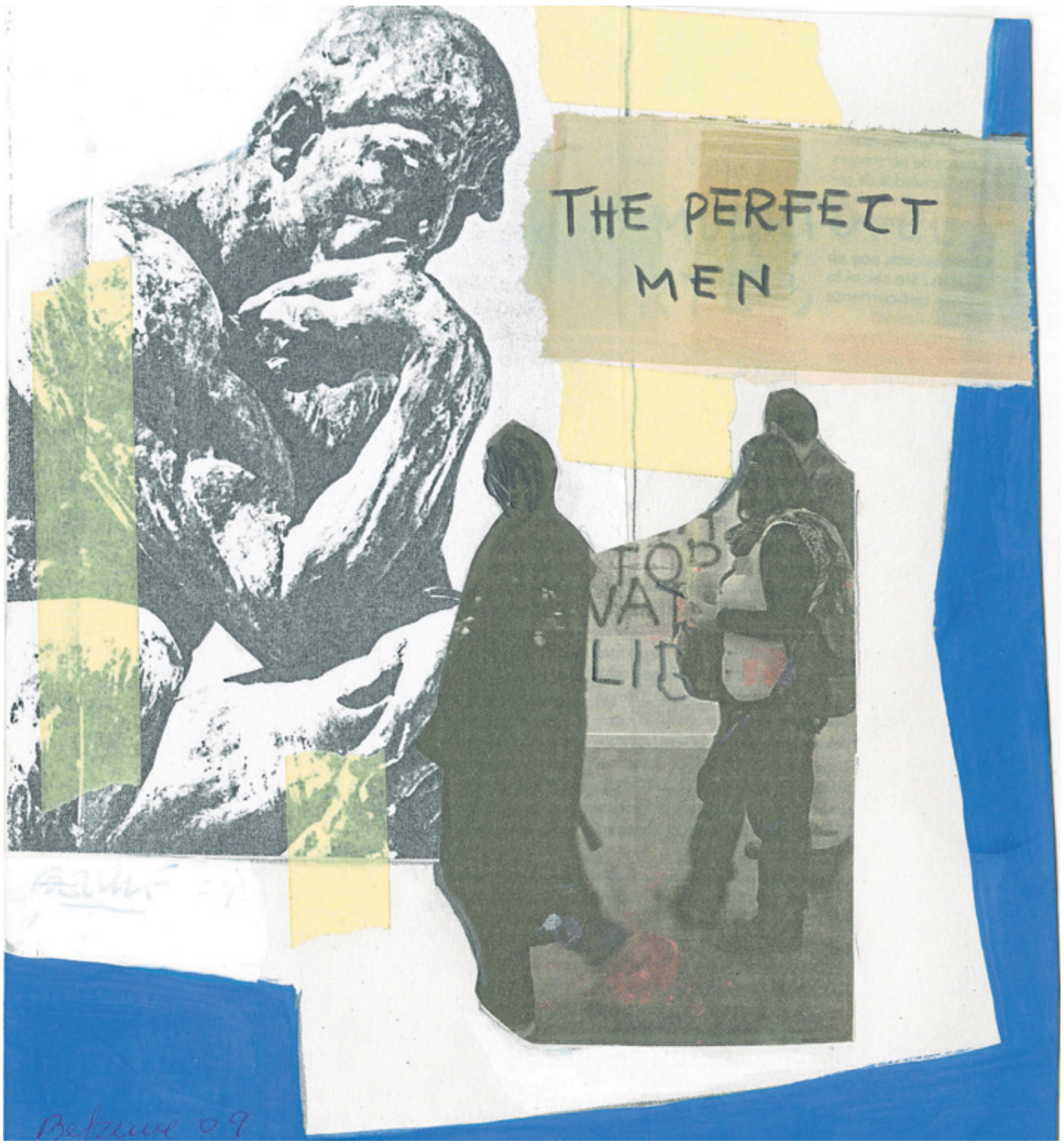
Hace ya mucho tiempo –escribe el hombre de noventa y nueve coma cinco años– que se afirmaba que la gente había llevado a vivir la política con la misma pasión que el fútbol. No sabría decir qué fue primero, como en el famoso dilema de la gallina y el huevo. El caso es que en aquel momento el fútbol se polarizó entre jóvenes que se mantenían fieles al sistema y aquellos que anhelaban las reformas. La política, de forma paralela, se convirtió en un partido de fútbol entre la mayoría de mayores (valga la redundancia) inmovilistas y la minoría reformista que, eso sí, contaba con muy buenas cabezas pensantes. Entre ellos destacaba Cicerón Gómez, un tipo que hacía honor a su nombre. Como el clásico Marco Tulio Cicerón, el señor Cicerón Gómez quería dedicar sus últimos años de vida a reinstaurar los auténticos valores de la república, devolviendo en parte a los jóvenes sus derechos políticos. Como al autor de las 'Catilinarias' que a los sesenta años de edad abandonó su filosófico y creativo exilio en su finca de Tusculum (la actual ciudad italiana de Frascati) para retornar a Roma tras el asesinato de Julio César en el desesperado intento de reinstaurar los valores de la época republicana. Vano intento: el enemigo dictador le había perdonado la vida a condición de que se apartase de la vida pública; pero sus asesinos no daban la talla y el pueblo ya se había adormecido y sólo le importaba lo que expresa la frase: 'Pan y circo'.

Así se veía el señor Cicerón Gómez y a la misma edad de sesenta años, pero él iba a tener más suerte que su admirado Marco Tulio Cicerón. Del testamento político del clásico romano ('De officiis') extrae el pensamiento: "El dominio ejercido por la fuerza viola cualquier derecho". Y las ideas de conciliación de las divergencias, respetando la libertad individual.

Este Cicerón Gómez, como si hubiera estado escrito en su destino desde su nacimiento, era catedrático de Derecho Romano. Como tal gozaba de gran prestigio, los mayores adoraban aquel derecho sosegado, y había hecho una no menos brillante carrera política, alcanzando la dignidad de senador. Él y el joven 'sometido' llamado David se entrevistaron en secreto. Ambos eran moderados. Cicerón prometió interceder por ellos ante el Consejo y el Parlamento.

El hombre de noventa y nueve coma cinco (99,5) años de edad postrado en su sillón ergonómico, escribe sobre él: Cicerón Gómez es un hombre de una cabeza muy grande (en todos los sentidos) que aún conserva el cabello sobre ella, si bien totalmente blanco y, al parecer, desde hace muchos años, lo cual aumenta su respetabilidad. Un hombre dotado de una oratoria culta y convincente, y unos amplios conocimientos que le daban el peso necesario a sus discursos. Me alegré sinceramente de que Cicerón Gómez se hiciera cargo de la nueva causa: si hubiera tenido en su momento la suficiente edad, él sí que habría sabido llevar mis teorías a la práctica sin los extremismos. De Cicerón Gómez fue la idea que comenzó a acercar posturas entre los jóvenes 'sometidos' y el nuevo régimen del absolutismo de la gerontocracia. Simplemente, y ahí está su grandeza a mis ojos, consiguió que se reinstaurara la antiquísima institución de la manumisión. Ésta era la forma que el Derecho Romano tenía establecida para dar la libertad a los esclavos. Así quedaba en manos de los padres o tutores conceder o devolver a los jóvenes algunos de sus derechos. Como se trataba de una medida singular, y no de liberar a todos los 'sometidos' colectivamente, fue aceptada por el régimen. Yo mismo –escribe el hombre– la adopté con mi querida sirvienta Lorena. Para explicárselo mejor, le pedí que sacara de la videoteca aquella antigua película protagonizada por Fernando Fernán Gómez y que se titulaba 'Stico'. Mi gratitud hacia ella es absoluta por su fidelidad y compañía, sobre todo desde que no me levanto para nada de esa silla ergonómica y clínica. Desde entonces sé lo que se siente al perder la libertad.

> Continuará mañana



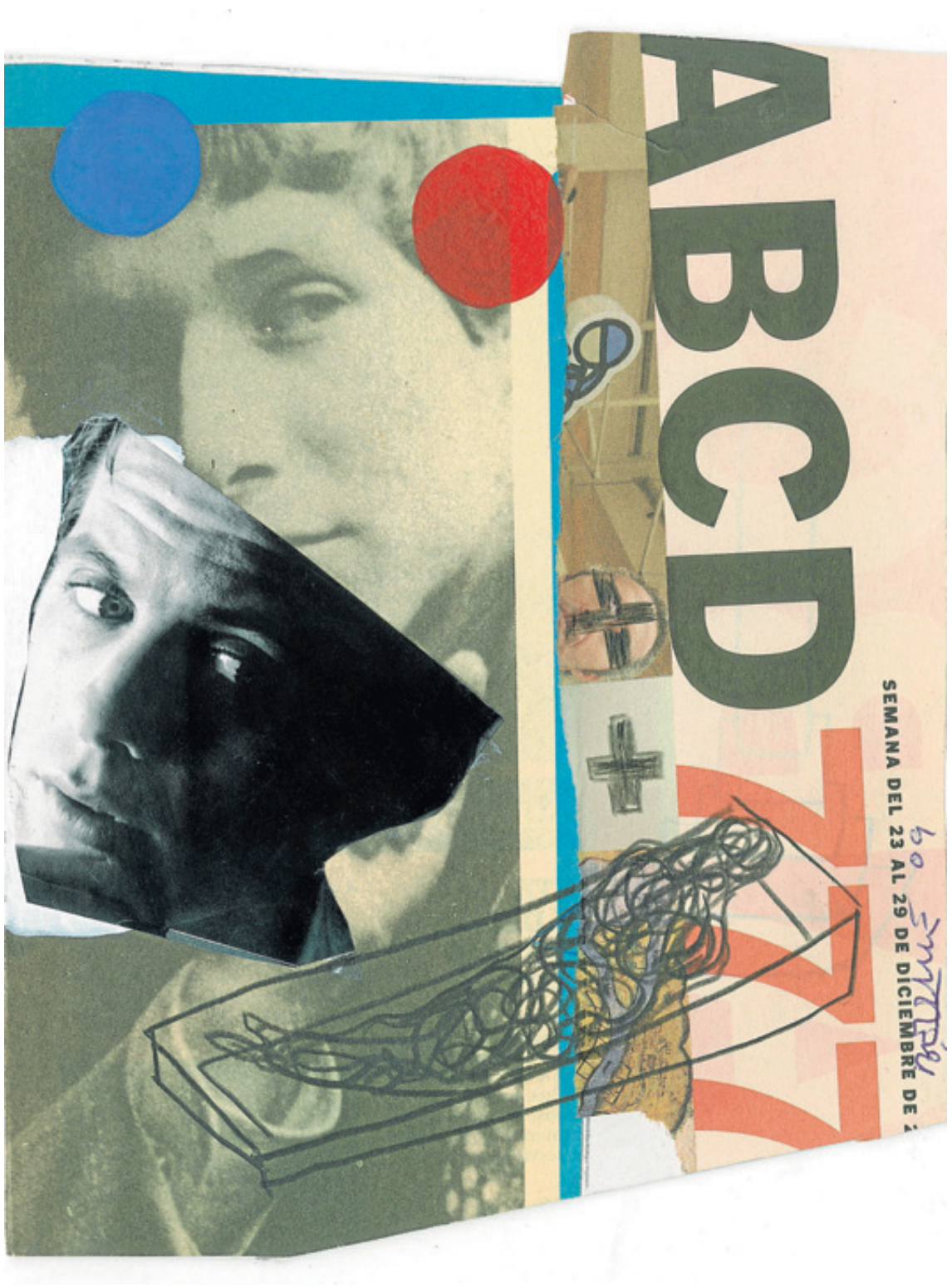
La cuarta edad

6. Juventud divino tesoro

Texto **Aniceto Valverde**
Imagen **Manolo Belzunce**

Quién no ha sido un poco revolucionario con diecisiete años, dieciocho, con diecinueve o con veinte años de edad, según los tiempos que han corrido. Y quién no se ha aburguesado a partir de la treintena, la cuarentena o la cincuentena, según cuando ha ido procreando, según cuando ha ido teniendo a los hijos, o aun no teniéndolos, sino con el solo paso del tiempo. Cómo ha ido uno abandonando sus tiempos de marcha, de correrías juveniles conforme se ha ido asentando en las responsabilidades de un trabajo (cuando ha tenido la oportunidad), de unas responsabilidades ciertas y determinadas, o cuando ha engendrado a sus hijos, y ha querido que el mundo se asemejara a sus circunstancias reintegrándose a un orden establecido, determinista, sosegado.

Lo ha querido, lo ha deseado, por el futuro de la prole, aun cuando la realidad en constante cambio sólo le ha permitido el sueño de que tal cosa era posible; la ingenua idea de que el futuro se iba a comportar conforme a unos cánones determinados que le permitieran albergar la esperanza de que así no sufriría la incertidumbre de los cambios de la dura realidad.



> Alegra escuchar alguna fanfarria de la calle, cuyo sonido me trae el viento hasta esta habitación en penumbra

Y quién, de la misma forma, llegada la tercera o cuarta edad no ha envidiado, o deseado, o vuelto incluso a la propia libertad de la adolescencia y aun a los sueños y fantasías de la infancia.

Mi caso –escribe el hombre de noventa y nueve coma cinco años de edad aún postrado en la silla ergonómica y clínica– no es distinto. Comencé quizás con el excesivo ardor de la juventud, precisamente para criticarla porque negaba y aplastaba de hecho los valores de los mayores y ancianos. Después he tenido que renegar de mis trabajos debido al excesivo rigor con que mis teorías fueran llevadas a la práctica social. Tanto ha sido así que se llegó a generar una situación totalmente inversa e igualmente injusta. Los mayores que eran la mayoría (valga la redundancia) se hicieron con el poder absoluto y lo ejercían de forma absolutista. Se había llegado a privar a los jóvenes, mejor dicho, a las personas hasta altas edades o casi a perpetuidad, de sus derechos más básicos, generando una nueva clase social, o más bien casta, a la que se llamó de los 'sometidos'…

Pero, permitanme retomar el hilo de la narración allí donde los habíamos dejado para contar qué es lo que ha pasado desde la entrada en vigor de la Ley de la Manumisión, o Ley Cicerón Gómez como popularmente se la conoce al haber sido este personaje su promotor (como en secreto había acordado con el 'herrero informático' llamado David). Es cierto que mediante este instrumento legal se dejaba particularmente en manos de progenitores o tutores la devolución de los derechos a los jóvenes. Como tal medida singular fue aceptada, aunque fuera un poco a regañadientes, por el régimen de la gerontocracia o gobierno de los mayores para acabar con las protestas de los jóvenes y no tan jóvenes 'sometidos', lideradas por el moderado 'herrero informático' llamado David. Pero éste ha sido el principio de su fin. Fueron incapaces de prever el efecto llamada o la explosión 'por simpatía' (que no es porque sea graciosa, sino que es una realidad física que ocurre, por ejemplo, cuando explota una bombona de gas butano y luego lo hace otra, incluso distante y sin ninguna causa aparente más que la de seguir una cadena). Digo que la gerontocracia fue incapaz de presentir el efecto cascada que la medida singular está causando en nuestra sociedad. Parecía que no iba a suceder nunca más, pero la juventud había recobrado la vida, las ilusiones y las ganas de hacerse su propio destino. De modo que si Pedro había sido 'liberado', Juan y Pepe también querían retomar las riendas de su vida. (Yo me alegro porque siento de nuevo el pálpito de la buena juventud, la que de nuevo quiere hacerse cargo de sus responsabilidades, sin excluir a los mayores, y que veo situarse lejos de aquellas posturas tiranas y a la vez pasotas que caracterizaban la época en la que empecé a escribir mis tratados; creo que han vuelto a asumir los buenos valores de la juventud, que es así su mayor tesoro). Y, por otra parte, muchos de los mayores ya estaban cansados de llevar tanta responsabilidad incluso hasta las puertas de la muerte.

Se han juntado en este momento y como se dice el hambre con las ganas de comer. Las ceremonias solemnes en lugares sagrados para manumitir o 'liberar' jóvenes (y no tanto) se han hecho tan multitudinarias y se celebran tanto como antaño las Primeras Comuniones. El ambiente ha vuelto a ser festivo en las calles. Ya era quizás demasiado el sosiego que reinaba. A veces parecía la paz de los cementerios o, siendo menos negro en la descripción, la calma de los dinosaurios. Alegra escuchar alguna fanfarria de la calle cuyo sonido alegre me trae el viento hasta esta habitación en penumbra. Me está animando tanto que siento de nuevo correr la sangre por mis venas. Estoy harto de estar postrado en este sillón ergonómico y clínico. Si decidí apoltronarme en él no fue por verdadera necesidad, sino como diciéndole a la sociedad que se había pasado con mis teorías; algo así como decir: que paren el mundo que yo me bajo. Un acto más de absurda rebeldía dentro de mi vida plagada de acontecimientos similares.

El hombre arranca de su cuerpo los cables y tubos que le tienen enganchado a la máquina del sillón. (En su interior comienza a sonar la Novena Sinfonía de Beethoven). Se levanta y va hacia el vano que cubren siempre espesas cortinas. Las descorre y hay un balcón cuyas puertas también abre. "Dios mío, me había olvidado totalmente de esta luz maravillosa y del mar Mediterráneo. Qué espléndido. Ahora puedo morir con tranquilidad. Que acabe con mi materia insustancial aquél que me creó para contar esta historia".

El hombre cumple hoy mismo los cien años de edad. Para él y todos los demás se abre una nueva época de renovada esperanza: la cuarta edad. (Más información en www.expresodemandarache.es)

> FIN

Mañana, 'Se acabo', Relato del Domingo de David Canellada, ilustrado por Joaquín Clares

SINOPSIS

Algunos miembros del movimiento por la devolución de derechos a los jóvenes, liderado por el 'herrero informático' David, han causado algunas alteraciones del orden público. Esto radicaliza las posturas. La causa se encuentra en vía muerta. Hasta que aparece en escena el catedrático de Derecho Romano y senador Cicerón Gómez. Consigue que el régimen gerontocrático acepte la posibilidad de que singularmente padres o tutores otorguen la libertad a sus jóvenes 'sometidos'. El instrumento es la Ley de la Manumisión, una institución del Derecho Romano por la cual los señores podían liberar a sus esclavos. Esta medida llena de gozo al hombre de 99,5 años de edad.